

# 1. ESPERAS

«Las prisas no son buenas», iba pensando César Hornos mientras, a trompicones, lograba llegar a la terminal. Su avión partiría en solo media hora y él llegaba cinco minutos después del tiempo límite de embarque, como de costumbre. «Son esos diez minutos del final que me pierden», hubiera dicho a cualquiera que le preguntara en esos instantes. Pero la verdad es que hasta el último instante no había tenido claro si realmente quería hacer ese viaje. Las dudas y la mente nublada por falta de sueño habían tenido gran parte de culpa en que estuviera llegando tan tarde.

Seis eran ya los meses que llevaba sin dormir en condiciones. Su médico de cabecera y varios especialistas habían probado con él todo tipo de soluciones médicas sin ningún resultado, y no había psicólogo o psiquiatra de su ciudad que no supiera de su caso; todos ellos habían tenido el mismo éxito.

Por fin, tras largos días con la agonía de tratar de no quedarse dormido en el trabajo, un amigo le había hablado de una clínica de Estados Unidos en la cual aseguraban curar cualquier trastorno del sueño, sin pastillas y sin largos rollos psicológicos. Por lo visto, llevaba meses siendo la sensación en internet y muchos actores de Hollywood habían estado allí. Todos los antiguos pacientes hablaban maravillas del tratamiento y César ya no veía otra opción. Si tenía que pasar otro mes más en vela, acabaría suicidándose.

Como es habitual, para su suerte y regocijo el embarque del vuelo llevaba mucho retraso. Debido a su propia demora en casa, había optado por preparar rápidamente una pequeña mochila con la ropa justa para una semana. Si el famoso tratamiento realmente funcionaba, ya tendría tiempo de comprar ropa allí. Con el euro todavía algo más fuerte que el dólar renovarían su armario por menos dinero que en casa. En el momento de acercarse al aeropuerto se alegró de no tener que pasar por el mostrador de facturación, por llevar una mochila tan pequeña y haber comprado el pasaje en internet.

La elección de tan poca ropa no era arbitraria. Aunque no había comprado el billete de vuelta, no concedería al tratamiento antiinsomnio más que esa semana ya planificada. Tantas eran las promesas incumplidas por otros tantos «profesionales» que no podía creer sin más. Sólo estaba en ese aeropuerto, camino de otro país, por lo mucho que su mujer Rebeca le había insistido. Llevaba cerca de un mes y medio oyéndola hablar del método y ya no podía más. Ayudaba el hecho de que ella se hubiera ofrecido a pagar la mitad del

viaje y el tratamiento, pero estaba allí más por agotamiento mental que por ninguna otra razón. Si por él fuera no estaría ahí, pero no porque le diera pereza ir a Estados Unidos, sino porque aunque sólo tuviera cinco años y los recuerdos fueran muy vagos, no había olvidado que su hermano, que fuera piloto en el ejército, había muerto en accidente aéreo durante una misión de rescate. Los aviones le daban cierto «respeto», pero no tenía mejor ni más rápida manera de llegar a su destino.

Tras pasar los preceptivos controles de seguridad y equipaje sin problemas, pudo por fin relajarse en el avión. Se trataba de un vuelo en clase turista, así que no esperaba que le dieran gratis ni los buenos días. Por suerte, contaba con un par de libros y una videoconsola portátil, entretenimiento de sobra para las largas horas de vuelo.

Álex Mejías, odontólogo de profesión, se dirigía sin prisa, gracias a que siempre iba con suficiente tiempo a los aeropuertos, al mostrador de facturación de la compañía aérea. Llevaba en su maleta unas cuantas muestras del material quirúrgico con el que solía trabajar —incluida alguna pieza fabricada por él mismo— y resultaría un tanto violento tratar de meter sus herramientas, la mayoría afiladas o al menos amenazantes, en un avión dirigido a Estados Unidos. Recordaba lo pesado que había resultado el papeleo que le había permitido llevar todo eso en su maleta, sobre todo las diversas muestras de anestesia. Dicha anestesia era la niña de sus ojos; se trataba del fruto de una década de trabajo, codo con codo, con su amigo y compañero de facultad Martín, especializado en anestesiología y reputado especialista en su campo. Tenían ya el preceptivo permiso para usarla con sus pacientes, y el congreso al que se dirigía sería su presentación en sociedad.

«Dios mío, ¿cuánto más va a tardar el pesado este?», pensaba Daniel Montes. Le había tocado delante en la cola de facturación un tipo que era más lento que el caballo del malo. Encima se ponía a contarle su vida a la rubia del mostrador, a la que seguramente le daba igual que fuera a un congreso de odontología. Si aquella era su manera de ligar, mal iba; si al menos hubiera sido cirujano, tal vez tendría opciones, pero un dentista...

Él era quien tendría que estar hablando con la chica, contándole que era músico y que se dirigía a Estados Unidos nada más y nada menos que a disfrutar de una beca, concedida cada año solo a un puñado de europeos, en una de las más importantes escuelas de música de aquel país. Y lo mejor de todo: no se iba a dedicar a estudiar a Bach o a tocar el violonchelo, sino que estudiaría con algunos de los mejores músicos de rock de todos los tiempos. No había nada confirmado, ya que la escuela prefería mantenerlo en el mayor secreto posible, pero en internet hacía ya meses que circulaban rumores y, entre

otros, había visto nombres como Peter Frampton o Elvis Costello. En resumen, él sí que merecía estar tratando de ligar con la rubia del mostrador, y no el sacamuelas.

Estaba emocionado por el viaje y por compartir clases con algunos de sus ídolos musicales, pero no podía evitar estar triste, ya que nadie iría esa tarde a despedirle. Su familia jamás había tomado en serio lo de la música y él sospechaba que no iban a perdonarle que la hubiera elegido por encima del próspero negocio familiar de la producción de velas y cirios. Por otra parte, aunque temía que se trataba de cochina y mezquina envidia, estaban los compañeros de su banda de rock, Los brutales, que no se habían tomado muy bien que los abandonara durante tanto tiempo. Miki, cantante y carismático líder de la banda, había llegado a usar la típica frase peliculera de «si sales por esa puerta, no te molestes en volver», y esa vez no se trataba de una de sus bromas. Pero ¿qué se puede esperar de un tipo que sólo conoce un puñado de acordes de guitarra y se jacta de haber aprendido en un curso a distancia por fascículos?

«El mundo se ve de otro modo desde aquí», pensaba Óscar Encinar, esperando junto a su mujer, Olga, los primeros de la cola junto a la puerta de embarque. Lejos de ser porque en su posición no tuvieran ya que preocuparse por las prisas o la lentitud de quien les hubiera tocado por suerte —o desgracia— delante en la cola de facturación, era porque veía a la gente moverse con libertad y alegría, mientras que él llevaba ya una hora y media aguantando la incesante cháchara de su esposa, empeñada siempre en llegar a los sitios antes de la hora. Aún quedaban unos quince minutos para la teórica apertura de la puerta de embarque y él ya había pasado una innecesaria eternidad aguantando estoicamente a Olga, capaz sólo de hablar del viaje que él, por cierto, nunca hubiera hecho.

Iban a Estados Unidos solo porque ella se había empeñado en que no quería dejar pasar un año más sin conocer el país más grande del mundo. Conocedor de la tozudez de su mujer, Óscar ya había desistido de corregirla y decirle que había países más grandes, aunque más adelante tendría tiempo de arrepentirse de no haber discutido esos temas. Una buena discusión a tiempo tal vez le hubiera ahorrado viajar a un país que nunca le había llamado la atención. No era que no le gustara viajar, pero entre viajar y estar tranquilo en casa en un plan de «peli y manta», a esas alturas de su vida le llamaba más la segunda opción. Ya había trabajado como un mulo y jugándose la vida durante suficientes años.

Cinco personas, cinco mundos distintos en un mismo avión, con ciento y pico almas más a su alrededor, en sus propios mundos, yendo hacia el mismo sitio: la catástrofe.